



**Comisión Pro Semana Santa  
de Cáceres**

***PREGÓN  
de la  
Semana Santa 1971***



***NICOLÁS SÁNCHEZ PRIETO***

**Cáceres, Cuaresma de 1971**

# *Pasión de Cristo,*

*según Cáceres*



*caja 15*

FR/2019

PREGON † SEMANA SANTA † CACERES, 1971.  
MAS REZADO QUE PRONUNCIADO POR:  
NICOLAS SANCHEZ PRIETO.

Y DEDICADO, COMO UNA ORACION,  
A MI QUERIDA HERMANA

EMILIA:

QUE UN DIA EN CACERES  
EMPEZO TAMBIEN SU VIACRUCIS  
PARA SER HERMANA DE MUERTE DE CRISTO  
† Y YA † Y POR SIEMPRE † DE GLORIA.

Ex

FR/2019

Por Pascua Florida, ya se sabe, hay que confesarse lo mejor posible. Pues bien. Yo me confieso, humildemente, pregoner, enamorado y torpe de vuestra —y mía— hermosísima Semana Santa cacereña.

Pero... ¿qué he dicho? ¿Pregonero? Sí. Así, al menos, reza —que en Cáceres todo reza— hasta este programa de invitación que da galana cuenta de vuestros fervores. Perdón. Pero yo no soy pregoner. No lo quiero ser. Se pregona lo que se vende, pero no lo que se ama. Lo que se quiere se calla, o cuando más, se llora. El pregón es una técnica comercial, que está reñida con las lágrimas diametralmente.

Lo siento. Somos los cacereños los menos mercachifles del mundo. No sabemos barrer para dentro, sino para fuera. No tenemos —a la vista está— ni un molino donde llevar nuestra agua. Esta tierra no es cazadero de nadie, ni medallanismo de huelgas, ni infernadero de pasiones. Sólo es una frente sudando promesas y realidades, y una mano partiendo grandes rebanadas de verdad. Hemos hecho los cacereños de la abnegación una costumbre y del heroísmo un deber, sin echar nunca las campanas a vuelo.

Por eso, no hemos pasado ni una sola factura a la historia. Ni hemos regateado ninguna, por muy alta que fuera, de las muchas que nos han pasado. Hace muy pocos años todavía, se pasaron los teletipos de medio mundo al escuchar la respuesta, tallada a navaja, de un paisano nuestro. De Trujillo era. Pero podía ser de cualquier otro pueblo cacereño. Le llamaba urgentemente el señor alcalde, porque era inmensamente rico: acababa de llegar de América un cable, nombrándole heredero universal de tanta tierra como no cabía en toda Extremadura, con todo y ser la tierra más ancha de España. Nuestro hombre no pestañeó. Ni palmoteó. No se puso nervioso. Ni nada importante. Sólo dijo:

—¿Y cuántas yuntas harán falta, si no es mucho preguntar, para labrar tanta tierra como dice?

Por eso estaban pasmados los teletipos al dar la noticia: aquel hombre, aquel terrón pensativo de sudor enamorado, no había tirado la casa por la ventana. Sí. Se había ido a todo correr a la suya... porque desde mañana tenía que trabajar mucho más.

Ya lo veis. Lo nuestro no es el negocio. Lo nuestro es dar corazón a la semilla. Por eso yo no quiero ser pregonero de nada. Yo no vengo a vender nada. Pero mucho menos —¡santo cielo!— tanto amor y dolor como están en puertas. Por los clavos de Cristo: ¿con qué cara me atrevo yo a subastar lo que ni se compra ni se vende? Todavía si se tratara de ese Sollozo purísimo de mies y nieve que es vuestra Virgen de la Montaña, me la echaría al cuello como una batalla de flores y gritaría hasta enronquecer en un delirio de estrofas:

—¿Quién me compra un Estuche de rosas para besos? ¿un Libro de milagros en mucho uso, con mil suspiros a la vuelta de cada hoja? ¿un Prado de perfumes litúrgicos que azoga los remansos de plata e incienso? ¿un Poema de cristal en el reloj del alba donde nadan versículos de ángeles navegando maitines de gloria? ¿Quién lo quiere? ¿quién da más?

¡Ah! Pero con la Pasión de Cristo no se puede hacer negocio. Sería un mal negocio. Ya hubo uno —¡pobre!— que intentó explotarla y no llegó a sacarle nada más que treinta sucias monedas, después de un largo regateo económico y casi marxista. Para eso, más le valía no haber abierto la boca...

Por eso, perdonad, amigos y paisanos míos. Pero yo no soy vuestro pregonero. Mis pregoneros sois vosotros que, con vuestra gentileza, hacéis que cambie de color mi miseria. Como ha hecho mi querido y admirado presentador, Valeriano Gutiérrez Macías, reclinando un derroche de aromas en mi hombro, para que no se note tanto la riqueza de mi pobreza.

Yo sólo vengo a despertaros la gran ilusión de amar más ¡lo que más se llora, en esta cosecha anual y plural del corazón que es la Semana Santa. Me he tropezado por el mundo con mucho agnóstico de buena fe, mucha esperanza e inmejorable caridad. He estrechado la mano a muchos santos, que ni siquiera lo parecían. Y he renunciado, hace pocas fechas, a un viaje de reportero a Tierra Santa, como ya sabéis, por un viaje de peregrino a mi tierra que, si no es santa, tiene alma de tan fuerte que se pega al corazón.

Me da la impresión de que se parecen mucho mi tierra y la de Cristo: cielos altos y berrocales calientes, rebaños de olivos, calles enjuijadas y un mismo destino en cruz. Si no os ofendéis, cacereños queridos, os diré que hay una tierra española que aún se parece más que la nuestra a la del Señor: ¡es la vuestra, querido señor obispo! El mismo hilván de costuras. El mismo rosario de espumas. Son hermanos el sol y el aire. Más intensos, por orientales, en Palestina. Y son hermanas la luz y la flora. Son los dos arcos agudos de la elipse del Mediterráneo, enfrentados de linde a linde del mar. Por eso, y por si faltaba algún detalle de matiz para sentirnos en nuestra tierra como en Tierra Santa, nos enseñáis a mirarla con vuestros ojos. ¡Y ya si que nos sabe esta tierra nuestra a carne de Cristo ciegamente querida!

Nada mejor que un Viacrucis para hacerla florecer. Ya hicimos nuestro viacrucis cuando descubrimos América. Porque aquella fue empresa redentora antes que nada, y la sangre el pan ceremonial. Oíd al Admirante, en su Diario: «...Porque al tiempo que yo me moví para ir a descubrir las Indias, fui con intención de suplicar al Rey e a la Reina nuestros señores, de la renta que de las Indias se hobiese, que se determinase de la gastar entera en la conquista de Jerusalén». Y por Huamachuco, en la cordillera andina, donde se descargan automáticamente las estilográficas y casi las cabezas, se pueden leer apellidos cacereños en un manuscrito convencional: fueron los primeros que inauguraron en los Andes una Semana Santa, a una altura a la que difícilmente suben los cóndores.

Por eso seguí haciendo viacrucis al Palancar, sin necesidad de disimular vuestra alma. Yo no quiero ser menos que estos compañeros de fatigas espirituales, que son mis hermanos sacerdotes. Hoy cuando todos tenemos nuestro evangelio. Y chillamos nuestra razón. Y hasta los que hablan o escriben de musteras o caballos se convierten en hipercríticos críticos católicos —muy bien pagados, por añadidura— y empulean para la Iglesia el original método de la santificación por la abyección. Y salen a cualquier plaza gritando contra ella bajo cualquier pretexto o sin pretexto alguno, porque saben de memoria que el que sale a la calle gritando contra algo —aunque sea contra lo más divino, más cuanto más divino— tiene ganado de antemano el auditorio hasta el finésí...

Hoy les invitaría a todos ellos desde Cáceres a seguir nuestro Viacrucis de penitencia enamorada. Yo, el primero, amigos: para limpiar mi sandalia lírica y pecadora de tanto kilómetro de más y de menos como llevo metido entre pecho y espalda. Que, por Pascua Florida, hay que confesarse lo mejor posible. Y nada mejor para hacerlo provechosamente que un viacrucis como introito de lágrimas. Porque yo, a la vista está, sin ningún linaje de dudas, no soy pregoneiro sino pecador. Y estoy seguro que vosotros preferís un juicio sincero a un piropo distraído. Y la Pasión de Cristo, contada, cantada, escrita y llorada por Cáceres, a la que yo pudiera contaros — ¡pobre de mí! — a fuerza de estirar mi voz traspillada en un kikiriki de pregones. ¡Si supiera que antes de terminar mi canto de gallo, me iban a nacer las lágrimas como la claridad nace del arrullo...! Pero me temo que no sea así. Porque en Cáceres hasta la piedra embelesa pecaminosamente los corazones. No. Prefiero andar mi viacrucis con vosotros y escuchar vuestros latidos al paso.

¿A qué esperamos, amigos? No falta nada para empezar. Cristo está deseando andar por donde andamos nosotros, caer donde caemos nosotros y morir en la tierra en que deseamos morir nosotros, bambolearlo cuerpos y almas, almenas y espadañas, cirios y cigüeñas, lágrimas y campanas, piedras y gárgolas en vilo... ¡Andando, cacereños! ¡Con Cristo por Cáceres! ¡Y por Cáceres al cielo!

### PRIMERA ESTACION

Sí. La Humanidad, como Cristo, está condenada a muerte en muchos calvarios. Tiene nombres: Mindzenty, en Hungría; en Shangai, el obispo Kiong; Monseñor Beran anda «extrañado» por Praga, desde 1949; Mons. Zohrabian, flagelado en Armenia entre dos sentencias de muerte; Mons. Ghidimbo, condenado a cadena perpetua y sangrienta en Conakry; Alemania Oriental ha patentado sus — ¡perdón! — «sacramentos» comunistas; Cuba reza, revólver en mano, el «Fidel Nuestro»; todavía quedan, en alguna parte, obreros de salarios de hambre... En Chile, una cama por cada cuatro. En el Congo: a 200 defunciones diarias, por pura hambre. Millares de hombres en muchas esquinas del mundo que canta y ríe y engorda y goza y se revuelca, han sustituido a los perros madrugadores

que revuelven entre náuseas la caliente basura... ¿Para qué seguir?

También Cáceres está condenado a llenar de las hiedras del recuerdo todas las calles de su amor. A golpear de músicas celestes la Torre Desmochada. A sembrar el aire de cigüeñas revueltas en la frente de Espaderos, Golfines, Quiñones, Ovando, Paredes, Carvajales. A improvisar escritorios de códigos imperiales en púlpitos de piedra y en atriles de veleta para escolanía de pájaros, que cantan sus sueños diariamente.

¡Andando, Cristo! A reparar la cintura de clavel de la Cuesta de Aldana. A darte de cara con todos los soles morenos de la Casa del Sol. A cabalgar en las nucas azules de mis Villuercas como en las andas de los Andes, cargados de ponientes. A encontrar la cadera angular de la alegría y el botón del milagro a la vuelta de cualquier esquina heroica. A buscarle motivos de amor a una sangre hecha geranios entre las cuatro paredes —estáticas de cal— de San Pablo o Santa Clara. Y a morir, en lo más alto y hermoso del Barrio Viejo, envuelto en bronce de seda sonora y en crepúsculos de piedra y oro... ¡Andando, Cristo!

### SEGUNDA ESTACION

La cruz: esa es nuestra verdad. Descubrir que el cristianismo es molesto, contra la galería insultante de falsos mesianismos. Desenterrar las páginas más puras del Evangelio, y encontrarnos con todo un museo de lágrimas. Cristo montó su gloria y su gozo, su Iglesia y nuestro corazón sobre criaturas de debilidad y pálpitos de madera virginal: las cruces nuestras de cada día o de cada hora. Sin respaldos de confort ni cómodas anestias. Nada de organizar transfiguraciones de artesanía, hechas con los resplandores equívocos de las cosas que nos fascinan por aquí abajo.

Siempre es hora, según el reloj de Cristo, de volver mejillas y no bofetadas. Por todos doblan y callan y rezan y lloran las campanas, amigos. Por todos se ingurgita un requiem. Hay como una conjura de todos contra todos, para acabar pronto con los sueños. ¿Será un arte matar, Dios mío? La vida se está poniendo tan difícil, que hay que ingeniarse para ponerle un fin bello. ¿Será otra de las bellas artes? Sólo pregun-

tármelo me da escalofríos. Todos dejamos que maten. Como ayer a Martín Luther. Y antes a Kennedy. Y mucho antes a Cristo. Todos los que hacemos a diario la noticia o la contamos, hemos tenido parte en esas muertes. Se han vendido millones de periódicos más que otros días. La sospecha asalta al más inocente. Porque la Historia no se hace, se escribe.

Cargar con la cruz: la tragedia de todas las criaturas que en el mundo bregamos, desde la más alta nebulosa hasta la familia extremeña que nos hemos reunido aquí esta noche para medir la estatura del mundo con un Cristo crucificado entre labios y torreones cacereños.

Cáceres tiene las espaldas muy anchas, muy llagadas y muy rozadas de sufrimientos. Lleva muchas cruces a cuestas: de Alcántara, de Santiago, de arado, de leyenda y hasta de calumnia. Cruces para todos los gustos y a cualquier precio: que la vida se ceba más en los que más se defienden. Y Cáceres resiste tanto, porque resiste con el alma. ¡Sí! ¡Tiene las espaldas muy anchas, no temáis! A veces se confunden con su cielo, que sostiene, sin cansarse, millones de cruces pectorales de cigüeñas, palomas, suspiros y golondrinas.

### TERCERA ESTACION

Hay una calle de la Amargura en Cáceres. Esa es nuestra calle. Nos parece que vamos a encontrarlos de repente con nosotros. Pero no. Sólo encontramos el nivel de nuestra primera caída. Buen sitio para ofrecer a Cristo la leña de los robles de nuestras elevaciones, el tamo de las eras de nuestras debilidades, el barro de las culpas de nuestras calamidades, las chispas de las guijas de nuestras prontitudes y el humo de la avena de nuestras negligencias.

Como cuando las aguas suben de tan hondas, así sube Cáceres peldaños de gloria desde tanta acequia de lágrimas. «Hasta aquí llegó la fe y la esperanza», gritan en el lomo de los vientos vuestros torreones. Aquí el pecho se mide a espaldas de torres, conseguidas a fuerza de suprimir el sueño y el cansancio. Son estrechos los pasos que Dios nos dejó sobre piedra y piedra, para que sea más fina nuestra oración y la armadura del corazón de una sola pieza.

En Cáceres engañan mucho las perspectivas: aquí la tierra

come la mitad de los cuerpos y el cielo la mitad de las almas. Muchas veces lo que spiritus cobardes llaman caídas, no son más que heridas: que de tan hondas, sangran. Porque en mi bendita tierra aún andamos tan atrasados en clínicas de Jauría espiritual, que seguimos empleando para los dolores de alma la misma heroica receta que nuestros antepasados usaban para sus dolores de cuerpo: ¡la punta de la espada al roto vivo!

### CUARTA ESTACION

Encontrarse con la Madre es, literalmente, encontrar una boca y un pecho para el sueño. A Cáceres —tierra dura y extrema, Extremadura— le suavizan: la espadaña, la campana y la cigüeña. ¡Y Ella! Como cuando te encuentras con el sol al doblar una esquina del barrio viejo de tu vida, y te ciega los ojos.

Un mundo, el de la madre, como el de encaje y ensueño de las bellas sombras monumentales de Cáceres: donde las cosas, al anochecer, despiertan lentamente. Pero... ¿quién es Ella? Una niña rabiosamente bonita, mujer de un carpintero de tres al cuarto, estampa de primera comunión y flor de un país subdesarrollado: ¡María!

Con Ella cada rincón y cada vida tienen sentido y hermosura. Por Ella suena el corazón, como un agua de nardos que de pronto tiene cauce y canción. Ella regala obediencia larga a la fuente, para que no tema convertirse en llanto. Y sabiduría exacta al pecho del rui señor, para crear la música y el gozo. Y dulce constancia a las esquilas que muelen con su ruido el mejor sueño.

¿Te acuerdas, Madre? Casi enfrente de tu capillita de la calle de la Amargura, en Jerusalén, hay un cine. Aquel día estaba en cartel una guapa a caballo, semidesnuda, empuñando una pistola... No hay que extrañarse de nada. El mundo siempre se pareció a sí mismo. Lo que ocurre es que hoy sale a la calle lo que antes no salía del corazón. Y nos encontramos la tentación hasta en la calle de la Amargura. ¡Qué importa! También nos encontramos con la Madre, aunque sea en el hueco de clavel de una capilla o de una medalla. Si dejamos decidir al amor, el triunfo será nuestro.

## QUINTA ESTACION

Estaba esperando que pasara todo aquello. Como en las procesiones: siempre hay alguien que no se ha disfrazado. Todo el mundo se echa a la calle. Con sus cirios, sus disfraces, su ilusión y su pena. La ciudad se hace distinta, se enciende de amor y sale a la calle en busca de su alma. ¡Para volver a casa después con ella en vilo! Cuando pasa la procesión, siempre queda alguien cuyo vestido es su ropa de diario.

«¡Mira el Cirineo!», me susurraron un día. No era un paso más. Era un maletero de ojos quemados, cara de músculo y demasiados años para el mucho peso que llevaba: su cruz. Un enorme fardo de maletas de cuero, con rosas etiquetadas de hoteles de lujo, que venían lejos cargadas de sueños, jovas, misterios y quién sabe —¡sólo Dios sabe!— si pecados. Otra vez el Cirineo, condenado a llevar a cuestras un peso que es de otro. Allí estaban los acarreadores, cargadores, mineros, transportistas, segadores...

Tenía razón mi amigo: «¡Mira el Cirineo!» Es lo mismo que os digo ahora ante el friso cargado y doliente de todo el que nos ayuda: «¡Es el Cirineo!»

## SEXTA ESTACION

Otra que tal: la Verónica. Una oscura raicilla de la tierra. Estrella paralítica. Arcoiris de luto. Nieve mutilada. Llanto de cera. Pero con su corazón en las manos para llevarse un hermoso recuerdo. Como cuando vamos de excursión y ponemos en primer lugar la cámara fotográfica. En aquella larga excursión del llanto, ella no quiso olvidarse de la cámara de su lienzo impresionable.

A veces es peligroso andar por el mundo sacando fotografías. Como en la puerta del Cenáculo, el más irrepensible lugar de amor de toda la tierra: «¡No tire fotografías!» ¡No tire fotografías! ¡Ayer mismo fusilaron ahí, donde está usted, a uno con una máquina como la suya!» ¡Qué apuros los del buen fraile! Hubo que tranquilizarse con la mejor de las sonrisas:

—¡Tranquilo, Padre! ¡No vamos a sacar fotos! ¡No nos quitamos la cámara de los ojos... para que no nos vean llorar!

Porque era para llorar sin parar: frente por frente del más irrepensible lugar de amor de toda la tierra, asomaban sus crestas de muerte unas ametralladoras automáticas detrás de unos sacos terrosos.

## SEPTIMA ESTACION

Dicen que esta segunda caída es por los pecados de frivolidad: el único pecado, con perdón, en que no caen los animales, a no ser los de laboratorio. Lo mismo pudo ser una pedrada bien dada. ¡Hay tantas maneras de hacer caer! Zancadilla, chantaje, timo, coartada, estafa, linchamiento... Ahorra que me acuerdo: «La pedrada» es nuestra. En verso y todo, pero hace llorar. Es un juego de niños jugando muy serios a amar a Dios. Un dolor ciego, sin lugar, como si estuviera doliendo el aire. El corazón, con el golpe cambiado.

Pero el corazón nos lleva. Lo cristiano es lo que avanza hacia adelante. Lo gentil, lo que da vueltas sin cesar hasta caer hecho vértigo y remolino. No frenar el mundo, sino divinizarlo. Más una suma que una resta. Más una espuela que una brida. No quedarse a mitad de camino en nada: ni en alegría, ni en ayuda, ni en sonrisa, ni en amor, ni en esperanza. No tener miedo a caer es ya empezar a amar. Lo que pasa es que a todos, sin excepción, nos gusta triunfar muy pronto, olvidando que nuestro camino es el Viacrucis y no el Tabor, que somos Iglesia peregrina y no rentistas acomodados y ociosos, tumbados en la poltrona de nuestro egoísmo, sin tiempo —¡Santo Dios!— muchas veces nada más que para rumiar las piltrafas de una vida arrepentida de excesos.

## OCTAVA ESTACION

Criaturas de diorita que no se debían morir nunca. Pétalos enlutados. Un óvalo dulce, reiterado por unos ojos mansisimos. Los labios un poco violetas. Las manos, palomas gemelas. Apenas si daban trabajo a sus ángeles de la guarda. Derramaban el alma en hilos de cristal por la curva más suave de su voz. Lloraban por lo que no habían llorado antes. Y por los que no pensaban llorar nunca. Defendían más que acusaban. Consolaban sin herir. Con sus manos atendían a todos los ojos.

Como esas manos de mujer que bordan mantelerías o sombreros de Montehermoso. Manos que cosen como quien canta, y bordan como quien mima. Manos que hilan como quien reza —manos ojivales de monjas cacereñas— y tejen pañuelos de lágrimas para que podamos mirar sin llorar.

En Italia existen los «Mani Tense»: «Manos Tendidas», al pie de la letra. Contestatarios de la miseria: los únicos que no contestan en el vacío. Ellos gritan que dos tercios del mundo pasan hambre, viven de hambre, que el hambre de los pobres es nuestra. Que los pobres tienen prisa. Que aún hay mercados —¿hasta cuándo, Señor?— en Birni Ncomi, por ejemplo, donde se vende un hombre, si está hermoso y bien cebado, a 20.000 pts. ejemplar, admitiéndose el regateo y hasta el trapicheo.

Ellos nos gritan despiadadamente: «He buscado a mi alma y a mi Dios y no los he encontrado. He buscado a mi hermano... y me he encontrado con los tres». ¿No va a haber un par de manos prontas a pedir para dar, y dispuestas a defender al débil por la única y bendita y sublime razón de que a mi hermano no le pega nadie...?

#### NOVENA ESTACION

Se diría que tiene manía Cristo de morir mordiendo el tallo de las rosas, de abrir la tierra para sembrar el alma. Ya es la tercera vez que cac: se ve que no tiene enmienda. Como si quisiera buscar el pozo artesiano de las lágrimas. Su color ya es de tierra, de tanto besarla y amarla.

Aquí, en Cáceres, el color se ha ahondado tanto que semeja una idea. Pero erguida, como una escultura de viento. Y sonando, con todos los registros de su hermosura, esa Novena Sinfonía de su Barrio Viejo. Camina la piedra a pies desnudos, como un San Pedro de Alcántara afligido, haciendo prodigiosos equilibrios de amorosa arquitectura. El aire se satura lento de crepúsculos como un devocionario. El arroyo pino de sus calles reza —aquí no se puede decir serpiente— entre escudos donde el sol borda espigas y racimos. Todo pide, a gritos, continuar el gesto de Cristo: poner a la Iglesia, no detrás de la Historia y de la Belleza, sino a su mismo paso de entrega enamorada. ¡A paso de viacrucis cacereño!

#### DECIMA ESTACION

Toda mi tierra cacereña es una gran lección de amor en un escalofriante texto de pobreza. Yo lo he visto más de una vez, y vosotros quizá también: la infinita tristeza de unos pobres garbanzos servidos en la magnífica vajilla de plata de los mares peruleros. Como sus casas, que cubren su pobreza con el decoro de la humilde cal.

Mi tierra cacereña no sabe mimar la existencia. Pero sí supo hacer moreno todo el oro del mundo. Ahora sólo hablamos del oro cuando necesitamos hacer metáforas al trigo y contamos las perlas por diamantes de miradas. Apenas si tenemos más oro que una fe que levanta templos y almenas, y que llevamos emulsionada en la sangre, filtrada durante siglos de lucha y aventura, y puesta a prueba al estilo de estas calles de vieja prosapia, retorcidas y jadeantes como a poder de dolores de reconquista. Más que despojados, embargados... ¡Que no en vano «El embargo» también se escribió pensando en nosotros!

#### UNDECIMA ESTACION

La cruz: de encina. Creadora de campos y brazos, aspas y versos. La inscripción: que la dicte el Brocense. Y la escriban jerónimos guadalupenses, que caligrafían corales. Los clavos: de las espuelas de las legiones romanas, que algunas habrán quedado enterradas en el Camino de la Plata. Pero que los caldereros de mi pueblo —dicen los que saben que baten el cobre como nadie— les den, sobre sus crucificados martinetes, forma y color de Arco de la Estrella. Las espigas: de Zarza la Mayor, que es el mayor disparate de mi tierra, que no sabe herir ni con el pétalo de una rosa y le ponen una zarza simbólica para que no se confunda del todo con el Paraíso terrenal. Flores: las del pueblo más guapo de España, Valverde de la Vera, Primer Premio de Hermosura Nacional. Ducados: de Garrovillas. Madrigales: de Madrigalejo. Primavera: de la Vera. Y Montaña: ¡la vuestra, que es también la del cielo!

¡Ah! Y cuando Cristo pida agua, le ofrecerá al instante Tajo, Jerte, Alagón, Tiétar, Ibor... Que es pueblo que se sabe para la sed de todos, aunque ignore muchas veces los caminos.

## DUODECIMA ESTACION

No, por favor, no me pidáis que os cuente las muertes que he vivido, como en una conferencia por tierras castellanas me pidieron. No me atrevo. Son demasiadas. Y algunas no caben en palabras. Pero sí quiero recordar, al menos, la del fundidor muerto en los Altos Hornos bilbaínos y derretido materialmente. Silbó la sirena. Dejé en el aire mi charla de misión y, en un cazo de hervir, me sirvieron unas cucharadas de plomo hecho puré, acabado de trasegar con la espumadera. Y me dijeron, sin más:

—Echele una bendición.

Porque allí, hecho caldo, estaba —o podía estar— el cuerpo fundido del fundidor. Y con este ritual, el más breve que conozco de toda la liturgia, hicieron un agujero en tierra y volcaron la espumadera.

Las muertes cacereñas no son, gracias a Dios, tan trágicas en su inmensa mayoría. Y se muere con resignación, porque se vive con fe. Aquí vino a morir Carlos V, «cogido de tercianas». Paludismo, sí, que es como un frenesí. Frenesí de cabalgar mundos. Se vino a Yuste, porque deseaba un morir de liturgia primitiva, de canto llano, de salmodia cristalina. Por eso, mandó enérgicamente retirar a un tenor de Plancia, que le quería ayudar a bien morir con sus gorgoritos.

¡Nada de gorgoritos! Aquí se muere siempre con palabras divinas: «¡Dios lo ha querido así! ¡Bendito sea!»

## DECIMOTERCERA ESTACION

Gentes de pocas palabras mis paisanos: las imprescindibles. Hacen verbos a los adjetivos, por ser señores y soberanos de sus gestos. Cáceres tiene muchas calles silenciosas: lo cual es, hoy por hoy, una lotería y un milagro. Manda callar a su historia y pone sordina a sus romances: ¡silencio, que el silencio no se quiebre!

Juan Ramón decía que el Nóbel se lo habían dado por las palabras que no había escrito. A Cáceres había que darle un Nóbel por tanto silencio de oración. Va a la muerte en silencio. Como Cristo que no habló más de veintiocho palabras en arameo desde la cruz, porque cada una resumía un tomo de salvación.

Cuando nos entren ganas locas de preguntar a Dios un símfín de porqués que ahogan nuestros latidos, subid a esa Montaña donde una Madre está en alto para obligarnos a dilatar la mirada. Entonces, por amor de Dios, no le pidáis morir: que necesitamos vivir para contarle, una a una, todas nuestras penas. Y el dolor dicho a esa Madre nos sabrá a dolor sin pena. De sus labios esperamos todas las respuestas a nuestra vida.

Y ahora... ¡ni una palabra más!

## DECIMOCUARTA ESTACION

A fuerza de silencio contenido vive la Soledad. Soledad: un paso apresurado que golpea sobre la noche como sobre una piel de tambor. Un clarín se enciende en la carne del silencio. Como un reloj parado tenemos el corazón, hasta que el dolor de Cristo nos lo puso en marcha. Las alas de los ángeles de la Soledad son de plata. Y una tristeza también de plata o qué sé yo de qué metal precioso.

Después de un entierro de pobre de solemnidad, la sepultura, ras con ras de cualquier yerba florida.

—¡Ponedla al sol! ¡Ponedla al sol!

Así gritaba el abuelo indio de cabeza rapada, cuando enterraron a su Lupita, un suspiro amarillo de dos años. Eso. Al sol, que es la única riqueza de los pobres.

Aquí, en Cáceres, es fácil la aventura, humana o divina, de la inteligencia, de la imaginación y del corazón, porque aquí todo adquiere escalas infinitas. Sólo en Cáceres puede leerse un epitafio contra la persuasión de los sepulcros: «¡Aquí esperan los Golfines la resurrección!» Porque los cobardes mueren muchas muertes, pero los valientes sólo una. Y Cristo acabó de una vez con ella. Lo saben los Golfines y lo sabemos sus paisanos.

Lo que pasa es que Cáceres, amigos, es un buen sitio para soñar con la resurrección: para que los hombres y los días puedan morir sin dolor. Con los ojos cerrados, como quien pinta un paisaje dentro del alma. No. No es posible que los hombres seamos sólo un cargamento de escombros y que no escondamos rosas que florezcan eternamente. En ningún lugar del mundo he leído tampoco un epitafio, como el que can-



*PREGONEROS DE LA SEMANA SANTA DE CÁCERES  
(1957-2013)*

*· 1ª ETAPA: COMISIÓN PRO SEMANA SANTA (1957-1978)*

<i>Nº</i>	<i>AÑO</i>	<i>PREGONERO</i>
1	1957	Antonio C. Floriano Cumbreño
2	1958	Francisco Elviro Meseguer
3	1959	Juan Pablos Abril
4	1960	Valentín Gutiérrez Durán
5	1961	Francisco Montero Galvache
6	1962	Rvdo. Ramón Cue Romano
7	1963	Antonio Rodríguez Buzón
8	1964	Federico Muelas Santa Cecilia
9	1965	Antonio Ruedas Sánchez-Malo
10	1966	Carlos Calatayud Gil
11	1967	Rafael Duyós Giergeta
12	1968	José Luis de Azcárraga y Bustamante
13	1969	Julio Cienfuegos Linares
14	1970	Rvdo. José María Cabodevilla
15	1971	Rvdo. Nicolás Sánchez Prieto
16	1972	Antonio Lucas Verdú
17	1973	Gregorio Marañón Moya
18	1974	Carlos María Entrena Klett
19	1975	Ignacio Montaña Jiménez
20	1976	José M <sup>a</sup> Crespo Márquez
21	1977	Carlos Murillo Bernáldez
22	1978	Mariano Mariño Fernández